

¿DÓNDE RESIDE LA VERDAD?

HEREJES Y CONVERSOS

ANTONIO OROZCO GUERRERO

¿Dónde reside la verdad?

Un relato ameno y diferente sobre una problemática aún no resuelta. Una reflexión sobre la intolerancia de aquellos que se creen en posesión de la verdad.

La historia de los esfuerzos de William Harris Rule y James Lyon por establecer y consolidar una misión metodista en Cádiz en 1837 y de las enormes dificultades con que se encontraron.

Una obra que enfrenta posiciones distintas de entender la vida y muestra los conflictos que siempre se han dado a la hora de aceptar otras formas de pensamiento distintas de las propias.

Por esos mundos de Dios.
Andan moros y cristianos.
Andan güelfos y gibelinos.
Andan tirios y troyanos.

En medio *mister* Rule.
Desde el Peñón asomado.
Pidiendo una capillita.
Para orar por sus finados.

Hallará buena acogida.
De santones y puritanos.
Que en esta tierra de frailes.
Ya pintan mejor los diablos.

Y mejor que los conventos.
Ermitas y santuarios.
Estarán las capillitas.
Para nuestros anglo-hispanos.

Y mejor que confesar.
Leer las Biblias de antaño.
Porque así *mister* Rule.
Lo dice y es hombre sabio.

Y mejor que ir a misa.
A novenas y rosarios.
Será escuchar los sermones.
Metodistas luteranos.

Inserto en la publicación *El Reparador*, Madrid, 1842

Nota preliminar

Querido lector, la novela que vas a leer se basa en hechos históricos. Por ese motivo, la mayor parte de los personajes también lo son. La parte de ficción, necesaria para cubrir los detalles desconocidos y urdir los diálogos, ha requerido que algunos personajes sean imaginarios. Para diferenciar unos de otros, pondré a continuación los principales, en letra cursiva los reales y en redonda los imaginarios.

Personajes

William H. Rule → Fundador de una misión metodista en Cádiz

Domingo de Silos → Obispo

James Lyon → Maestro metodista

Ana Rodríguez → Primera convertida de la misión metodista

Pedro Urquinaona → Gobernador. Doctor en cánones

Manuel Alsasua → Teniente de alcalde

José María Pérez → Maestro de escuela

Josefa Cordero → Maestra de escuela

Justo Arboleda → Abogado.

Pedro Grimaldi → Jefe interino de policía

Celedonio Pérez → Ayudante de Grimaldi.

Andrés García → Camarero del café Apolo

Jacinto Méndez → Guarda de la obra del huerto de S. Francisco

PRÓLOGO

Desde que en 1680 se determinó en España que todos los barcos que zarparan hacia América debían salir tan solo del puerto de Cádiz, y sobre todo desde el traslado a dicha ciudad de la Casa de la Contratación en 1717, esta se convirtió en un importante lugar de tránsito y residencia de numerosas personas procedentes de otros países.

Ello trajo consigo que la localidad destacase de manera singular como foco de atracción de nuevas ideas, incluidas las religiosas. No obstante, debido en buena medida a la acción de la Santa Inquisición, la incidencia del protestantismo en Cádiz fue muy escasa durante todo el siglo XVIII.

Antes de terminar dicho siglo, en 1791, se confeccionó una «matrícula de extranjeros» cuyo fin era obligar a los foráneos residentes a convertirse al catolicismo en caso de practicar otra religión. Según dicha matrícula, en la ciudad vivían cinco mil extranjeros, de los que solo ciento cuarenta y seis declararon ser protestantes. En 1793 se produjo la expulsión de Cádiz de todos los extranjeros que no profesaran la fe católica.

Ya en el siglo XIX, el importante cambio político iniciado en 1835, que comenzó con la abolición definitiva de la Inquisición y culminó con la promulgación de la Constitución de 1837, propició la aparición de evangelizadores protestantes en España. Cádiz, ciudad comercial, liberal y culta, parecía ser el caldo de cultivo ideal para la introducción de las doctrinas disidentes.

Un pastor metodista enviado por la Sociedad Bíblica de Londres a Gibraltar, William Harris Rule, visitó varias localidades del sur de la península con la intención de vender ejemplares de la Biblia sin notas ni explicaciones adicionales, así como para comprobar las posibilidades de predicar el Evangelio en las ciudades más importantes de la región. Entre el 16 y el 18 de mayo de 1836 pasó por Cádiz y quedó sorprendido del ambiente de libertad y apertura que se respiraba en la ciudad. En sus memorias, Rule escribió que, tras su visita, había llegado a la conclusión de que en ningún lugar de España estaban las puertas de la reforma tan abiertas como en Cádiz y que este era el sitio más adecuado para extender la fe metodista.

Mientras en otras localidades de la península no se llegaba mucho más allá de distribuciones de las Sagradas Escrituras sin notas explicativas, reprimidas de inmediato por las autoridades, en Cádiz, en enero de 1837, los pastores William Harris Rule y James Lyon conseguían fundar la primera misión protestante de España.

Pero las cosas resultaron mucho más complicadas de lo que ellos suponían. Esta es la historia de los esfuerzos de Rule y Lyon por consolidar la misión metodista y de las dificultades con que se encontraron.

LYON

Una fe: he aquí lo más necesario para el hombre.

Víctor Hugo

James Lyon estaba a punto de tomar una decisión que daría lugar a un cambio fundamental en su vida.

Paseaba por Hyde Park. No tenía otra cosa mejor que hacer a aquellas horas de la mañana. Era el primogénito de una familia adinerada de Manchester y sus padres habían accedido –muy a su pesar y con no pocas reticencias– a que el chico, con tan solo dieciocho años, pasara un año en Londres. Los convenció de que necesitaba un tiempo para decidir qué estudios iba a comenzar con el fin de llegar a ser lo que sus padres deseaban que fuese: el heredero de los negocios familiares.

¿Y qué mejor que pasar un año en la capital para soltarse en sociedad y decidirse a entrar de lleno en la actividad familiar? Los padres del joven tenían buenos contactos en Londres y el chico tuvo muy pronto varios amigos con los que compartir inquietudes y, sobre todo, correrse buenas juergas. Los padres de James no contaron con que esto último superaría con creces a lo primero.

En un banco, estaba sentada una mujer algo mayor que él. Al pasar a su lado, pudo comprobar que estaba secándose las lágrimas con un pañuelo. Sin saber cómo, aquella tarde James estaba en la cama con ella. Durante varios días hablaron, rieron e hicieron el amor. Ella, además, lloró lo suficiente como para provocar aún más la ter-

nura del joven, que no lograba que le declarase los motivos de su congoja y trataba de mitigarla con besos y caricias.

Por fin, unos días después de haberse conocido, Susan York confesó a James Lyon el origen de su dolor. Estaba casada y su marido era un energúmeno que la maltrataba y humillaba siempre que podía. Su vida era un infierno.

—James, ¿me ayudarías a divorciarme?

—¡Claro que sí! Haría cualquier cosa que me pidieras con tal de verte feliz.

—¿Cualquier cosa?

—¡Lo que sea, amor mío!

—Cariño, ya te diré si necesito tu ayuda. Temo que si inicio los trámites del divorcio esa bestia trate de hacerme daño. ¡Mucho daño!

—¡No lo permitiré!

Susan y James siguieron viéndose a escondidas en el apartamento que tenía ella en la capital. La casa de su marido, un hombre con una gran fortuna, estaba en las afueras.

Habían transcurrido más de dos meses desde que se conocieron, cuando Susan contó la buena noticia a James.

—¡Cariño, todo está resuelto! ¡Soy una mujer libre!

—¿Qué quieres decir? ¡No! ¿Te has divorciado?

—Sí. Lo he hecho. Y yo sola. No he querido meterte en medio. Pero ahora tengo miedo. Si continúo en Londres, mi exmarido vendrá a buscarme y me encontrará; y cuando eso suceda, temo por mi vida. No lo conoces.

—¡No consentiré que te haga daño!

—Lo tengo decidido ¡Nos marchamos a Australia! Bueno, si tú quieres venir.

—Susan, no tengo nada que hacer en Londres. Tú eres mi vida y te seguiré a donde quiera que vayas.

—No sabes cuánto te quiero, amor mío. Nos iremos. Hay un pequeño problema, no me atrevo a comprar los billetes. Mi exmarido conoce a mucha gente. Si alguien

del puerto me reconoce y está avisado, lo llamará. No puedo arriesgarme.

—Por eso no tienes que preocuparte. Yo me encargo.

Después de que James comprase los billetes, no salieron del apartamento en los tres días que restaban hasta la partida. Se entregaron el uno al otro en cuerpo y alma durante aquellas setenta y dos horas. Ella le ofreció que se casaran en cuanto llegasen a Sídney.

Pero las cosas no salieron como esperaba James. Una noche oscura, en el puerto, el enamorado vio, mientras le caía una fina lluvia sobre los zapatos, cómo Susan zarpaba sin él. Sin que se explicara el porqué, cuando iban a subir al buque, Susan le dijo que era lo mejor para los dos y que ya lo entendería.

Ella subió por la pasarela y se asomó desde cubierta. James lloraba; sus lágrimas se confundían con el agua de la lluvia que corría por su cara. Se dio media vuelta para marcharse cuando oyó su voz:

—James, nos encontraremos algún día. Ahora no puede ser. Con el tiempo lo entenderás.

James abandonó el puerto con la convicción de que Susan nunca lo había querido. Se sintió envuelto en la mayor tristeza que había conocido. La vida no tenía ningún sentido. Se fue a su domicilio. No iba allí desde hacía semanas. Era una casa de huéspedes compartida con varios jóvenes de su edad más o menos, casi todos estudiantes.

A la mañana siguiente llamaron a su puerta. Abrió la dueña de la casa.

—¿Reside aquí el señor James Lyon?

—Sí...

—¿Sería tan amable de avisarlo? Tenemos que hablar con él.

—Buenos días, señores.

—Buenos días. ¿Mister James Lyon?

—Sí, soy yo.

—Por favor, acompáñenos a las dependencias policia-
les. Tenemos que hablar con usted.

* * *

En la estación de policía, James tuvo una revelación sor-
prendente.

—Mister Lyon, ¿conoce usted a la señora Susan York?

—Sí, desde hace unos meses.

—¿Qué sabe usted de ella?

—Que estaba casada y acaba de conseguir el divorcio.

—¿Divorcio, dice?

—Sí. Me lo dijo hace tres días.

—Ya veo. ¿Sabe usted dónde se encuentra la señora Yo-
rk en estos momentos?

—Sí. Camino de Australia. Sídney, en concreto. Zarpó
anoche. Yo pretendía acompañarla, pero...

—Lo primero que debe usted saber que la señora York
no está divorciada.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye, la señora York acaba de enviudar.

—No puede ser. Ella me aseguró hace tres días que se
acabada de divorciar.

—Pues ya ve, no hay duda de lo que le decimos. La cu-
ñada de la señora York suele ir de vez en cuando a visitar a
su hermano. Tiene llaves de la casa. Hace dos días fue y
llamó repetidas veces. Como no abrían, usó sus llaves y se
encontró a su hermano muerto. Tres disparos.

—¡Dios mío! Ella me dijo...

—Está claro que le mintió, *mister* Lyon. Por cierto, ¿co-
noce usted al señor York?

—No...

—¿Seguro?

—¡Claro! No lo he visto en mi vida.

—Y, si me permite la pregunta; ¿me podría decir qué re-
lación tiene o tenía usted con la señora York?



Lyon fue considerado por un tiempo como sospechoso de haber asesinado al marido de Susan York o de haber participado de alguna manera; sin embargo, pronto quedó libre de ser procesado por falta de pruebas.

Después de aquello, pasó un tiempo dando bandazos de un sitio para otro. Trabajó como cocinero en Liverpool hasta que lo despidieron; luego bajó a Gales y se embarcó en un pesquero, donde estuvo varios meses entre Inglaterra y el Mar del Norte. Por fin, regresó a Londres, estudió para ser maestro y se puso a trabajar en una escuela de niños.

Nunca fue un hombre religioso en especial, más allá de la convicción interna de sentirse cristiano, tal vez por educación familiar. Una tarde, entró en una iglesia antigua, de paredes gruesas y escasas ventanas. Ni siquiera hubo algo concreto que le atrajera al pasar junto al templo. Entró sin pensar por qué. Se sentó en los bancos de una nave lateral, oscura y sin apenas imágenes.

Se preguntó qué hacía allí y obtuvo como única respuesta que, sin haberlo meditado, estaba buscando a Dios; o tan solo trataba de encontrar algo que le diera un poco de paz y una esperanza en el futuro.

Hacía frío allí dentro. Todo le enviaba un mensaje de vacuidad. No había nada. De repente, se le ocurrió que Dios podría estar allí como en cualquier otro sitio; sin embargo, él no lo sentía. Tal vez estuviera dentro de él o en todas partes.

Salió a la calle y se topó con el edificio de la Sociedad Bíblica. Y allí fue donde se encontró consigo mismo. No tardó en hacerse pastor, convencido de que su único propósito era vender ejemplares de la Biblia allá donde lo enviaran. Una forma de olvidar como otra cualquiera.

Con el tiempo comprendió que, de no haber conocido a Susan York y haber deseado con toda su alma olvidarla,

jamás habría sido pastor metodista.

RULE

Todo cristiano debe estar listo para predicar o morir.

John Wesley, fundador del metodismo

Las calles estaban aún húmedas y resbaladizas. El coche de caballos había salido de una casa de Hammersmith hacía una media hora. Se trataba de un «Milord», un carruaje de tamaño medio capaz para transportar a dos pasajeros y a otros dos en caso de abrir la «bigotera», un asiento que se plegaba bajo el pescante.

Poco después, pasó por las proximidades de los jardines y palacio de Kensington y se dirigió hacia Hide Park, donde algunas parejas desocupadas paseaban y hablaban, rodeadas por niñeras que conducían enormes cochecitos con sus niños dentro, siempre dispuestos a llorar con desconsuelo inusitado a la primera ocasión.

En el interior del carruaje, un hombre joven, de algo más de treinta años, con una gran calva y el pelo que sobrevivía largo hasta los hombros, observaba el tráfico de la calle. Biciclos y peatones de todo tipo y pelaje se cruzaban y entremezclaban entre un torrente irregular de coches de caballos que iban hacia todas partes con poco orden y menos concierto. La única norma, no siempre cumplida, era dar la derecha al que venía de frente.

«Qué día más agradable –meditaba el pasajero–; el mejor para recibir una gran noticia. Seguro que hoy me conceden un puesto adecuado para extender la fe en el

Señor y servir a mis semejantes de la mejor manera posible».

El carruaje de nuestro hombre se adentró por Covent Garden. Avanzar entre la multitud de transeúntes a pie se hacía bastante complicado. No faltaban prostitutas ni vendedores de todo tipo de mercancías y substancias que algunas veces abrían sin vergüenza alguna la puerta del carruaje para ofrecer sus servicios o predicar las excelencias y módico precio de sus productos. El lacayo, un chico de no más de catorce años, no perdía la ocasión para propinar algunos golpes con una vara larga que llevaba al efecto. Si la cosa se ponía espesa, tampoco le costaba trabajo al conductor desviar la dirección de su látigo y dar algún trallazo, o algo más, a algún distraído que se interponía en el camino más de lo que se pudiera considerar razonable. Pura rutina; los viandantes daban por hecho que la cosa funcionaba así y los del pescante lo hacían «de oficio», como un trámite habitual.

Todo el paraje estaba repleto de tiendas ambulantes y de artistas callejeros, ante los que se arremolinaban ociosos, curiosos y rateros.

Después de lograr salir del laberinto, el carruaje se dirigió más hacia el Este hasta llegar a Hoxton Square. Allí se detuvo ante una casa de buen porte, con columnas neoclásicas, más anchas de lo necesario para cumplir una misión más arquitectónica que estética. Se trataba del edificio de la *Welesyan Missionary Society*, la sede de los metodistas.

El lacayo bajó de inmediato y abrió la puerta del Milord. El pasajero, con su largo gabán negro, que nunca abandonaba, bajó del carruaje y subió las escalinatas. Después de recorrer algunas estancias, entró en un amplio despacho en el que varias personas lo esperaban.

—Buenos días, reverendo hermano William. ¿Qué tal se encuentra?